

IIRIS PARRA, *Ofuscas tríadas*, El Vendrell, Barcelona, March Editor, 2009, 88 págs.

Cuando se emprende la labor grata de reseñar una *opera prima*, como acontece en estos momentos y se abordará en estas líneas, suele ser ésta una tarea agradecida y que se manifiesta en términos llenos de futuro, esperanza y promesa de aún mayores exhibiciones de talento. Es decir, todo aquello que acompaña y adorna a la juventud y sus empresas e ilusiones: esta vez la de los pocos años de la poeta (o poetisa) Iris Parra (Barcelona, 1989) y su intenso y misterioso librito-colección de poemas en prosa titulado *Ofuscas Tríadas*. Este pequeño libro que hay que tomarse a sorbos lentos, lo que amplía y prolonga sus beneficios en el tiempo, fue publicado en la valiente y también prometedor y manejable colección *Petits Llibres* del sello editorial March, con aportaciones novedosas en castellano y catalán, que merece sin duda apoyo y agradecimiento.

El doble título *Ofuscas Tríadas* hace referencia, en primer lugar, a la posible «ofuscación», o visión borrosa, o aturdimiento sensorial y cognitivo generalizado provocado por la luz natural o la iluminación inefable del entendimiento visionario. Y en segundo, a la estructuración externa de los contenidos en tres apartados, por este orden: ‘I Infiernos dantescos’; ‘II Cabalgando en huesos’; y ‘III Cristales tintados’. Las relaciones íntimas entre estas tres expresiones de la tríada quedan expuestas a la libre imaginación asociativa del lector desde el principio, desde el mismo título, afirmación que puede aplicarse con total acierto a cada rincón léxico, fraseológico y textual del libro. Y a eso juega la autora, con sorprendente dominio: al agotamiento del extrañamiento comunicativo, a la manipulación de la forma en beneficio del significado ambiguo, a la sorpresa que conduce siempre la ruptura de los límites ordinarios del lenguaje y sus combinaciones formales y semánticas, a la «literalidad militante», en pocas palabras. También juega a la acumulación de referencias a los monumentos más respetados de la tradición literaria, teñidas frecuentemente de mito pagano o judeocristiano o de realidades más prosaicas: el ave fénix, Cupido, los magos con sus bolas de cristal, diablo, séptimo cielo, séptimo sol, ruletas de azar, infiernos, ninfas, ángeles paganos, fauno, basilisco, cable televisión, aerolíneas, plásticos no degradados, Freud, el mismo Dante, por supuesto, etc. La afición al cultismo y a un mundo inspirado en muchas lecturas de Iris

Parra ha de quedar ajena a toda duda. Un gran mérito para una joven de nuestro tiempo.

El molde externo de expresión poética de estos poemas en prosa es el párrafo, de extensión variable, transformados en unidades de contenido o breves capítulos numerados: XIII para la primera parte de la tríada, XVI para la segunda y XVII para la tercera y última. Por «extensión variable», siempre dentro de la intensa brevedad sin excepciones, debe entenderse aquellos capitulitos que se resuelven en unas pocas líneas, de 4 a 6, hasta otros que ocupan algo más de espacio: la página completa o la página y media normalmente. La idea –y la necesidad de expresarla con libertad– no se concibe como un ente limitado por estas menudencias. Más cuidado se pone, por el contrario, en la regularidad retórica o el hilo conductor de metáforas y otras imágenes repetidas, asociadas y asociable a la luz, la oscuridad, a estados de visión física intermedios entre ambas, y a la ofuscación, como preámbulo de la revelación: sin ojos, sin luz, neblina, oscuros sentimientos, soleado amanecer, lluvia de estrellas, atisbos de luz, llamas, noches frías, luna, basto sol, imponente rayo, sombras y más sombras, ceguera, relámpago, niebla, atardecer, ascuas mortecinas del horizonte, etc. Y todo este caudal de asociaciones enmarcadas en dos estados del cuerpo-alma, el «sueño» y el «enamoramiento», teñido este último, si hiciere falta, de comedido erotismo: motivos que surgen desde los primeros pasos de esta aventura de forma y significados y que se mantienen y repiten hasta el mismo final, al hacérseles responsables máximos de la coherencia general de todo el libro.

Como responsable de esta reseña, quiero tomarme el privilegio de recomendar a mis lectores uno de los pequeños capítulos de Iris Parra: el 'XII' de 'Cristales tintados', donde se fusionan los cinco sentidos, y alguno más tal vez, al servicio del sentimiento poético: huele a cardamomo y tierra mojada, el agua helada me devuelve al mundo, escucho el latido del corazón, una música constante, esclava de tus besos, como dijo Camarón, una pena quita una pena y un dolor otro dolor, antes que mi mano te intente agarrar, etc. No es la única perla, pero si se trata de una muy preciosa que combina un paseo irrepetible, la libertad romántica asociada a la inmensidad del mar o el vuelo de los ángeles, con grilletes, cuervos y cadáveres, y la voz poética de una persona descuartizada entre afiladas piedras. El juego, realidad ya mencionada, de las interpretaciones queda magistralmente abierto a todo un mundo de posibilidades gozosas.

Como conclusión no nos cabe más que desear, a la par que animar, que la carrera poética y literaria de esta joven mujer poeta sea todo lo larga y fructífera que estos primeros poemas en prosa anuncian. El mundo de las letras, por arriba, se lo agradecerá, pero no más que cada uno de sus lectores, presentes y futuros, situados en terrenos más inferiores. Es un libro maduro, sorprendentemente maduro para una creadora tan joven, pero no es un trabajo totalmente maduro si lo medimos con el baremo de lo que podrán considerarse obras de madurez de Iris Parra más adelante.

Finalmente, es de justicia mencionar que *Ofuscas tríadas* es un libro ilustrado por un dibujo de portada y tres dibujos interiores encabezando las tres partes del mismo, de Beneyto, todo ello dentro de la mejor tradición de presentar los soportes impresos de la lectura como objetos bellos. Los cuatro pueden calificarse de inquietantes, agresivos y misteriosos, entre otros muchos adjetivos: tal vez el necesario complemento a las sugerencias y asociaciones inesperadas de la poeta. Además, se acompaña todo el conjunto con un prólogo, denominado «Frontispicio», de Alberto Tugues, que conviene leer también muy despacio.

JUAN MIGUEL ZARANDONA
Universidad de Valladolid (Soria)